



CAPÍTULO PRIMERO.

EL SACO DE ROMA.

I.

PRECISAMENTE en el año del nacimiento de D. Felipe II, que fué el de 1527, como unánimes enseñan los autores, tuvo lugar el asalto de Roma por las tropas españolas y alemanas que formaban parte del ejército imperial. El saco de la Ciudad Eterna y los excesos allí cometidos por soldadesca cruel y sin freno, han proporcionado pretextos y materia para que gentes heréticas y extranjeras vomiten en sus libros muchedumbre de improperios y blasfemias sobre la política y gobierno del emperador D. Carlos V. Si han de ser creídos los historiadores de aquel tiempo, no hay duda sinó que el ejército sitiador, apoderado á viva fuerza de la capital del orbe cristiano, cometió desmanes y atropellos que todo buen católico siente y deplora. Los cuales, pintados y descritos más tarde por plumas luteranas y erasmistas, se convirtieron en crímenes y brutalidades sin cuento y sin ejemplo en los anales del humano linaje. Quien quisiera dar oídos á escritores heterodoxos de aquellos tiempos, habrá de admitir que no quedó en Roma convento de religiosas, ni palacio de cardenales, ni reliquia de Santos, ni templo del Señor, que no haya sido sacrílegamente robado y profanado. Sería apartarse del intento principal de estos trabajos traer aquí las relaciones herético-erasmianas de tan deplora-

rable suceso; pero no hay ojos imparciales que no vean en ellas ponderaciones injustas y exageraciones por demás apasionadas ¹.

En el tomo II, libro IV y capítulo VIII de la *Monarquía de España*, por Salazar de Mendoza, de cuyo manuscrito me he servido en la biblioteca del Cabildo de Toledo, se dice sencillamente, cómo en el año 1527 capitaneaba el ejército imperial en Italia Carlos de Montpensier, Condestable de Francia y Duque de Borbón. El cual, «por causas justas», andaba á la sazón en completa desavenencia con su Rey Francisco I de este nombre. Atento el Condestable por sus miradas de guerrero y diplomático, á la liga imponente del Papa Clemente VII con el Rey francés y otras potencias envidiosas y en aquella fecha enemigas del Monarca y política de España, cayó sobre Roma, cabeza de los confederados, donde peleando con gran denuedo, puso término á su vida inesperado mosquetazo. Y aquel ejército, rotas las riendas y casi privado de cabeza principal, entróse por la ciudad desahogado, ciego y á saco. El fuego de la victoria, la vista de sangre, la diversidad de creencias y el ansia de venganza por causa de la muerte del Condestable, trajeron sin duda los desmanes que en tales momentos suele acarrear la inclemencia de la guerra. Pero los estupros, incendios, sacrilegios é insultos salvajes inferidos á la Iglesia, al Pontífice y á Dios, dibujados por la herejía, desfigurados y multiplicados hasta el infinito, son improbables é inadmisibles; porque el buen criterio y la razón natural gritan que aquel ejército era al fin en gran parte cristiano; no turco, ni compuesto de Atilas implacables, ni de fieras salvajes, aunque llevaba no pocos herejes y harto rabiosos contra los Papas y la iglesia romana ².

¹ Recibió no poca luz este importante punto de nuestra historia patria, con la publicación de las «Memorias para la historia del Asalto y Saqueo de Roma en 1527, por el ejército imperial.....» impresas por don Antonio Rodríguez Villa. Madrid 1875. Serán examinadas en mi nuevo libro «Mas Luz» que muy pronto verá el público.

² No se pierda de vista que el imperial ejército que debeló á Roma se componía, además de los soldados católicos, de no pocos protestantes que lo eran abiertamente unos, y allá en su interior otros; los cua-

Pero dejando á un lado todos los desmanes y atropellos allí acaecidos, y con razón vituperados en la forma, número y medida en que hayan sucedido, queda satisfecho mi principal intento repitiendo y afirmando cómo del saco de Roma de 1527 estaba ignorante é inocente el Emperador D. Carlos V. Así lo refieren historiadores de mucha autoridad, de gran seso, y por consiguiente merecedores del mayor asentimiento. «De todo lo cual, apunta llanamente Salazar de Mendoza, estaba inocente el Emperador, y teniendo nueva cierta de ello, hizo mucho sentimiento de pesar de que tal cosa hubiese pasado, y mandó escribir á sus capitanes que luego fuese puesto en libertad el Sumo Pontífice, tratándole con gran reverencia y respeto debido á su sacrosanta dignidad, y le escribió, y á los príncipes contrarios, encareciendo mucho la pena que le había dado el exceso y desorden de aquella gente desmandada y mal obediente á sus capitanes» ¹. Tal es la verdad de este hecho y la limpieza del Emperador, expuesta con elegante sencillez por aquel historiador casi contemporáneo, digno de crédito, bien reputado entre los críticos más escrupulosos y amantísimo de la verdad desnuda y clara.

A lo dicho, y nada más, dejaría yo reducida esta cuestión, si en el comienzo mismo del camino emprendido no me encon-

les no se quedaron atrás en saquear y profanar la Ciudad Eterna. Hé aquí las palabras con que lo enseña el erudito publicista alemán Wouters en la página 138 del segundo tomo de su *Historia Eclesiástica*: «Philibertus princeps arausicanus..... Urbem cedit, eam militibus magna ex parte lutheranis diripiendam reliquit.» Y añade allí mismo, cómo en sabiendo Carlos V, la «direptionem Romæ et Pontificis captivitatem doluit, vestes lugubres induit, preces publicas postulavit pacemque cum Pontifice tractare coepit.»

Ni se puede olvidar que del mismo parecer son Raynaldo y Spondano, ad an. 1527-1530. Pallavic., *Hist. Conc. Trident*, I, II, 13-14, y Ferreras en su *Historia de España*, part. 13.^a

¹ El Dr. Salazar de Mendoza, *Monarquía de España* (Ms.), tomo II, libro 4.^o, cap. VIII. El Obispo Sandoval dice á este propósito, que el Emperador, «además de esto, había sentido tanta pena y dolor del desacato hecho á la Sede Apostólica, que verdaderamente quisiera mucho más no vencer que quedar con tal victoria vencedor.» *Historia del Emperador Carlos V*, tomo V, cap. IX, pág. 39; Madrid, 1847.

trara con ella de nuevo y por necesidad. Porque es harto sabido de todos que, nacido el Príncipe D. Felipe en el año susodicho de 1527, á 22 del mes de Mayo en la noble villa de Valladolid, entonces Corte de España, y habiéndole bautizado con grande solemnidad y pompa el Arzobispo de Toledo, D. Alonso de Fonseca, la población entera, con singular alegría, se entregó á públicos y extraordinarios regocijos ¹. Los cuales eran muestra espontánea del amor y reverencia con que en aquellos tiempos, más que en éstos, se miraba al rey como ungido del Señor, y á la autoridad como cosa bajada del Cielo. Pues bien; aquella natural explosión de gozo y entusiasmo nacido en las gentes vallisoletanas celebrando el nacimiento de D. Felipe, tornóse de repente en silencio y amargura. Cuando resonaba con eco más alto por calles y plazas el redoblar de los tambores y el acordado acento de bandas musicales, llegó á los imperiales oídos la nueva dolorosa y tristísima del consabido saqueo de la ciudad de Roma. Y en el mismo punto, muy afligido el cristiano Emperador, ordenó resueltamente que cesasen las fiestas y públicas diversiones en toda la ciudad.

El P. Fr. Fernando de Camargo y Salgado, escritor también vecino de aquellos tiempos, formal y sincero, de la Orden de San Agustín, refiere este suceso con los términos siguientes: «Bautizóle D. Alonso de Fonseca, Arzobispo de Toledo; hiciéronse grandes fiestas, como era razón, por nacimiento de un Príncipe tan favorable á estos reinos y á la cristiandad. Mandó el Emperador que cesasen las fiestas por una mala nueva que tuvo; que Carlos de Borbón con parte del ejército imperial fué á Roma y la saqueó; cosa que el Emperador sintió mucho y dió satisfacción de no haber sido con su voluntad ni sabiduría, si bien las naciones extranjeras creyeron lo contra-

¹ D. Alfonso (III) de Fonseca gobernó la Silla Primada de España desde el año 1524 hasta el día 4 de Febrero de 1534. Fué varón insigne en el regir y en piedad. Había sido anteriormente Arzobispo de Santiago, donde dejó fundado el memorable Colegio Mayor, en que se hallan sus restos mortales. La Santa Iglesia de Toledo le debe obras y regalos de mucho valor y primor, y entre ellas la Capilla de Reyes Nuevos, como actualmente se ofrece á la vista.

rio» ¹. Hasta aquí las palabras del P. Salgado, las cuales declaran y aseguran la inocencia del Emperador, por más que se empeñen políticos extranjeros, poco amigos del famoso vencedor de Pavía, en propalar todo lo contrario. Fácil cosa sería añadir aún las autoridades del celebrado agiógrafo alemán Surrio (1522-1578), de nuestro Prudencio de Sandoval, incansable cronista vallisoletano (1560-1621), del conocidísimo cronista de Felipe II, D. Luis Cabrera de Córdoba, y de no pocos escritores de la mejor época de nuestras letras y armas; pero quédense en silencio para no extraviar la pluma del principal intento y camino ².

II.

NIÑEZ Y FIGURA DEL PRÍNCIPE.

Los cuidados naturales, ó instintivos de la Emperatriz Isabel, madre y señora del Príncipe Felipe, imprimieron en su corazón, tierno é inocente, los sentimientos más puros de amor al Cielo y de respeto á los hombres. La esposa de Carlos V era mujer de Dios en el pensar y en el sentir. En el cuerpo y en el alma, hermosa y bella como muy pocas. El Príncipe, su primogénito, ofrecióse desde los primeros años imagen perfectísima de tan grande señora y buena madre. Vociferen cuanto gusten hombres mundanos y apasionados: el Príncipe D. Felipe aparece retratado en la verdadera historia niño de cualidades admirables, no solamente en el corazón y entendimiento, sinó tam-

¹ *Cronología Sacra y Epítome historial*, por el P. Fr. Fernando de Camargo y Salgado, el año 1527, folio 296. Madrid, 1642, por Francisco Martínez Acosta.

² En la oración fúnebre pronunciada en la muerte de Carlos V por J. Antonio Viperano, Perusa, 1570, se dice que, al saber el Emperador el saqueo de Roma, tuvo incomprendible dolor (*incredibilem dolorem accepit*); que suspendió las fiestas de la Corte por el natalicio de su hijo, y que mandó al punto dar libertad al Padre Santo y sacar las tropas de la ciudad, aunque esto al pronto no se pudo hacer por resistencia del ejército. Folio 8.